

DEUDAS DE LA INCLUSIÓN EN LA EMPATÍA EDUCATIVA

Señor Director:

En Chile el aula funciona con una orgánica propia y se ha construido desde el desconocimiento y las creencias limitantes frente a condiciones de salud permanentes.

Si bien, el discurso social tiene que ver con la aceptación de la neurodivergencia, la realidad da evidencia del temor a sobre exigir a los padres y equipos multidisciplinarios, documentos, condiciones, estrategias externas, etc., que “aseguren” un clima neutral dentro de la sala de clases. Ese clima es imposible y queda explicitado en toda noticia que es transversal a los colegios y aulas en nuestro país.

No existe una realidad única respecto a lo que se puede hacer para mejor, de seguro eso es utópico, pero la deuda que nos aleja de al menos la mejor convivencia en espacios escolares tiene que ver en gran medida y lamentablemente, dada la sobrecarga que tienen a su haber, con la capacitación, el entrenamiento y la profesionalización sobre temas de salud mental, aprendizaje diverso, neurodivergencia, entre otro por parte de los educadores.

De la misma manera, y entendiendo lo normativo del currículo escolar, falta comprensión y opciones de flexibilidad de este de manera concreta. Más allá de voluntad o dichos que quedan en discurso tipificados como inclusivos.

Finalmente, y dado que la educación es un derecho de todo niño, se debiera valorar y respetar, los espacios educativos alternativos desde la misma sociedad y ello sólo ocurre cuando el acceso, la representatividad, significación y visibilidad se dan de la mano con políticas que le entregan el valor que se merecen. Sino el contexto escolar solo se parcializa en los “buenos” y los “malos” colegios.

Es de esperar que la deuda en inclusión de los menores y personas Autistas se estreche por medio de la educación de la sociedad.

Claudia Figueroa,
Magíster en Desarrollo Cognitivo, Escuela
de Fonoaudiología Universidad Andrés Bello